

Tipos de narrador

Les voy a contar una historia que les parecerá increíble. Una vez cacé un alce. Un día un hombre se fue de cacería a los bosques de Nueva York y cazó un alce.

Así que lo aseguro sobre el parachoques de su automóvil y emprendió el regreso a casa por la carretera oeste. Pero lo que el no sabía era que la bala no le había penetrado en la cabeza; sólo le había rozado el cráneo y lo había dejado inconsciente.

Justo cuando estaba cruzando el túnel el alce se despertó. Así que estaba conduciendo con un alce vivo en el parachoques, y el alce hizo señal de girar. Y en el estado de New York hay una ley que prohíbe llevar un alce vivo en el parachoques los martes, jueves y sábados. Le entró un miedo tremendo...

De pronto recordó que unos amigos celebraban una fiesta de disfraces. Iré allí, se dijo. Llevaré el alce y me desprenderé de él en la fiesta. Ya no sería responsabilidad mía. Así que me dirigí a la casa de la fiesta y llamé a la puerta, pensó él. El alce estaba tranquilo a su lado. Cuando el anfitrión abrió lo saludó: "Hola, ya conoces a los Solomon". Entramos. El alce se incorporó a la fiesta. Le fue muy bien. Ligó y todo. Otro tipo se pasó hora y media tratando de venderle un seguro.

Dieron las doce de la noche y empezaron a repartir los premios a los mejores disfraces. El primer premio fue para los Berkowitz, un matrimonio disfrazado de alce. El alce quedó segundo. ¡Eso le sentó fatal! El alce y los Berkowitz cruzaron sus astas en la sala de estar y quedaron todos inconscientes. El se dijo: Ésta es la mía. Se llevó al alce, lo ató sobre el parachoques y salió rápidamente hacia el bosque. Pero... se había llevado a los Berkowitz. Así que estaba conduciendo con una pareja de judíos en el parachoques. Y en el estado de Nueva York hay una ley que los martes, los jueves y muy especialmente los sábados...

A la mañana siguiente, los Berkowitz despertaron en medio del bosque disfrazados de alce. Al señor Berkowitz lo cazaron, lo disecaron y lo colocaron como trofeo en el Jockey club de Nueva York. Pero les salió el tiro por la culata, porque es un club en donde no se admiten judíos.

Regresó solo a casa. Son las dos de la madrugada y la oscuridad es total. En la mitad del vestíbulo de su edificio se encuentra con un hombre de Neanderthal. Con el arco superciliar y los nudillos velludos. El creyó que aprendió a andar erguido aquella misma mañana. Había acudido a su domicilio en busca del secreto del fuego. Un morador de los árboles a las dos de la mañana en su vestíbulo.

Se quité el reloj y lo hizo pendular ante sus ojos: los objetos brillantes los apaciguan. Se lo comió. Se le acercó y comenzó un zapateado sobre su tráquea. Rápidamente, recurrió a un viejo truco de los indios navajos que consiste en suplicar y chillar.

El cuento es en primera persona

Yo lo convertí en tercera persona con narrador omnisciente.

Edgar olvera Lopez BEO3967